

EN BUSCA DEL YO

El mito del sujeto y el libre albedrío

JESÚS ZAMORA BONILLA

Shackleton
— b o o k s —

Este libro se enmarca en los proyectos de investigación del Gobierno de España, FFI2017-89639-P («Mecanismos en las ciencias: de lo biológico a lo social») y RTI2018-097709-B-I00 («Racionalidad y contraconocimiento: epistemología de las *fake news*»).

En busca del yo

© Jesús Zamora Bonilla, 2018

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación: Kira Riera

© Ilustraciones: Jordi Dacs

© Fotografías: Todas las imágenes de este volumen son de dominio público a excepción de las de las páginas: 22 (Fedor Selivanov/Shutterstock), 48 (Matthew Breindel/Matro en en.wikipedia (Trabajo propio) [GFDL o CC-BY-SA-3.0]/Wikimedia Commons), 53 (Xavier Gigandet et. al. [CC BY 2.5]/Wikimedia Commons), 101 (David Orban, davidorban on flickr.com [CC BY 2.0]/Wikimedia Commons).

ISBN: 978-84-1361-167-9

Depósito legal: B14981-2022

Impreso por EGEDSA (España).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción. Tu cerebro y tú	9
El cerebro, ese lugar que habitas	9
Pero ¿quién habita en el cerebro?	15
El mito del espíritu	19
La creencia en el alma	19
Vivo sin vivir en mí	28
¿Cómo se percibe el cerebro a sí mismo?	36
El mito del ordenador	41
Cerebros electrónicos	41
Computacionalismo y conexionismo	46
¿Podrás grabar tu mente en un ordenador?	54
Mentes sin cuerpo. Cuerpos sin mente	61
La esencia del yo: consciencia y libertad	61
Cerebros en una cubeta	65
Solipsismo e idealismo	73
La rebelión de los zombis	76
Pampsiquismo: ¿mentes por todos lados?	81
Ciencia y consciencia	91
La materia con la que se fabrican los sueños	91
La consciencia como «información integrada»	92
La consciencia como «espacio global de trabajo»	103
La ilusión del libre albedrío	113
La noción filosófica de «libre albedrío»	114

Determinismo e indeterminismo	119
El libre albedrío y las leyes de la naturaleza	125
¿Es el libre albedrío un «fenómeno emergente»?	132
Tomando decisiones	145
La libertad en el laboratorio	145
La función del placer y el dolor	149
Motivación, consciencia y memoria	155
¿Y qué pasa con la culpa?	159
Epílogo. Pero, en definitiva, ¿quién soy yo?	163
Bibliografía citada	169

*Si el cerebro fuera tan simple como para que
pudiéramos entenderlo, nosotros seríamos tan
simples que no lo entenderíamos.*

GEORGE EDGIN PUGH

*Si existe una comunidad de pequeños
ordenadores viviendo en mi cabeza, me gustaría
que hubiese alguien al mando de todos ellos; y, por
dios, ¡preferiría que ese alguien fuera yo!*

JERRY FODOR



Introducción

Tu cerebro y tú

El cerebro, ese lugar que habitas

Sin duda habrás notado una gran diferencia entre dos tipos de sucesos mentales. Por una parte, tienes muy claro que algunas cosas pasan «en tu mente». Por ejemplo, si ahora mismo empiezas a recordar cómo era el colegio en el que pasaste tus años de educación primaria, repasando con la memoria las aulas, los pasillos, los sonidos de la clase o del recreo, el olor de las tizas... toda esa experiencia mental de recordar la sientes de alguna manera «dentro» de ti. Puedes incluso cerrar los ojos y seguir «contemplando» esas imágenes. Si te preguntasen *dónde* estás «viéndolas» exactamente, seguro que la pregunta te parecería algo difícil de responder, pero, sea como sea, está claro que ese «lugar» no es la habitación que te rodea ahora, o el paisaje que se ve desde tu ventana ahora, sino algo «interior». En cambio, esa habitación, ese paisaje, sí que tienes muy claro que no

están «en tu mente», sino ahí afuera. Para recorrerlos, no te basta con cerrar los ojos e imaginar, sino que tienes que moverte de un lado a otro, y lo que vas viendo cambiará según te desplaces. La habitación, la calle, el campo... todo ello te parece obviamente «el exterior».

Lamento decirte que te equivocas de cabo a rabo. Lo que estás viendo al mirar por la ventana está tan dentro de ti, o de tu mente, como los recuerdos de tu colegio, y es muy sencillo demostrártelo. Coloca tu dedo índice extendido hacia arriba, justo a medio camino entre tu nariz y este libro. Mira a la punta de tu dedo con un ojo abierto y el otro cerrado. Verás que la palabra que hay justo encima de la punta de tu dedo cambia según mires con un ojo o con el otro (véase la figura 1). Ahora abre los dos ojos y enfoca tu mirada en una de las palabras que hay justo entre las otras dos. ¿Qué pasa entonces con tu dedo? Lo que pasa es que lo estarás viendo «doble», ves una imagen del dedo a la izquierda de la palabra que estás leyendo, y otra imagen a la derecha (véase la figura 2). Además, esas imágenes están un poco borrosas y parecen semitransparentes, pues, si sigues mirando al texto, y no al dedo, notas que el libro se sigue viendo, aunque un poco tapado, «a través» de las dos imágenes de tu dedo.

Pero si tú solo has puesto *un* dedo índice entre el libro y tu nariz, ¿cómo es que ahí se ven *dos*? En realidad, claro está, solo estás viendo un dedo índice, el mismo dedo con los dos ojos, y desde una perspectiva ligeramente distinta; pero, aunque sabes que *dedo índice* solo hay uno por mano, hay alguna *otra cosa* de la que evidentemente lo que hay son dos.

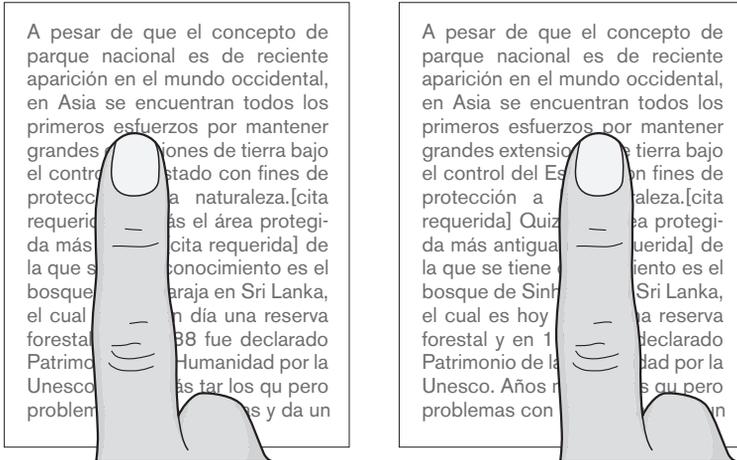


Figura 1: ¿Percibimos el mundo real? El experimento que acabamos de proponer te llevará a plantearte si tus percepciones se corresponden o no con el mundo real.

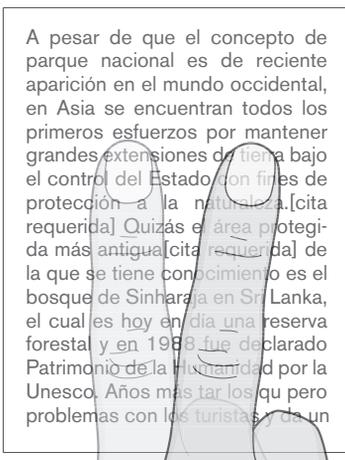


Figura 2: ¿Un dedo o dos?

Puesto que dedo solo hay uno, y hay algo de lo que hay dos, ese «algo» no puede ser lo mismo que el dedo. Serán, efectivamente, «otras cosas». Además, cuando enfocas la mirada sobre el libro, el dedo lo ves borroso, pero evidentemente a tu dedo real, faltaría más, no le ha pasado nada, no se ha «desenfocado». Pues bien, esas «otras cosas» de las que hay dos, emborronadas y semitransparentes, no pueden ser tu dedo, sino que son dos «*imágenes*» de tu dedo (llamémoslas así, sin que el nombre de momento quiera decir mucho), elaboradas cada una de ellas mediante un proceso cerebral distinto al de la otra. En realidad, cuando miras fijamente al dedo y solo ves uno, sigue habiendo dos imágenes, y el cerebro utiliza la información sobre cuánto tienen que girar los ojos y curvar el cristalino de modo que ambas imágenes estén bien enfocadas y superpuestas, con el fin de hacerte notar la distancia que hay entre los ojos y el dedo.

Esto mismo sucede con absolutamente *todo* lo que percibes: los objetos emiten montones de estímulos físicos (ondas electromagnéticas o sonoras que llegan a nuestros ojos y oídos, moléculas químicas que captan la lengua y la nariz, repulsión electromagnética que presiona nuestras terminaciones táctiles...), esos estímulos excitan ciertas neuronas de nuestros órganos sensoriales, que envían a su vez al cerebro ciertos patrones de excitación eléctrica. Tras una complejísima elaboración a través de numerosas áreas y capas de neuronas en el cerebro, algunos de estos patrones de excitación eléctrica se convierten en las «imágenes» que percibimos, o dicho de otro modo, en nuestro acto de percibir esas imágenes. Ese mundo que

percibes es, por lo tanto, tan «interior» como tus actos de imaginar o recordar. Vives enteramente dentro de tu cerebro, percibiendo una «realidad virtual» que de modo intuitivo, instintivo, tomas como la «verdadera» realidad... hasta que has tenido la mala suerte de empezar a leer este libro. Pero no te preocupes: el instinto es tan irresistible que la magia que he conseguido crear durante unos segundos al ver cómo aparecían dos dedos índices ante ti, se deshará más rápido que un copo de nieve junto al fuego, y en seguida volverás a *sentir* que tus percepciones son el mundo real.

Por supuesto, afirmar que lo que percibimos directamente son «imágenes», y no los objetos reales, no significa que nos equivoquemos cuando decimos «estoy viendo un avión cruzar el cielo» o «estoy oyendo el romper de las olas». Ocurre simplemente lo mismo, por ejemplo, que cuando ves algo en la televisión: tiene perfecto sentido afirmar que estás viendo marcar un gol, o a un político pronunciar un discurso, aunque lo que estás viendo «directamente» son puntos de colores proyectados sobre una pantalla. Tampoco hay que desesperarse con la cuestión de «cómo podemos saber algo acerca de las cosas, si todo lo que percibimos directamente de ellas son imágenes construidas por nuestro cerebro»: a Madame Curie tampoco la has visto nunca cara a cara, pero aun así puedes decidir con bastante seguridad si un determinado retrato es suyo o no; incluso podemos averiguar bastantes cosas sobre objetos que ni siquiera se pueden percibir estrictamente hablando, como por ejemplo el ADN o los electrones.

Uno de los primeros pensadores de los que se conservan sus reflexiones sobre la relación entre las cualidades que nosotros percibimos directamente y las cosas que percibimos gracias a ello, Aristóteles (siglo IV a. C.), defendía una tesis muy parecida a la del sentido común: los colores que vemos están en las cosas, y *a la vez* están «en nuestra mente». Por desgracia para Aristóteles (y para algún filósofo contemporáneo que intenta revivir su tesis, como el italiano Riccardo Manzotti), esta es una teoría que dejó de ser aceptable en cuanto se empezaron a descubrir los detalles físicos y fisiológicos del proceso de percepción, comenzando por el sabio musulmán Alhazén, quien alrededor del año 1000 estableció por primera vez que la visión está causada porque la luz emitida o reflejada por los objetos entra en el ojo, es refractada por el cristalino y produce una imagen en la retina (hasta entonces, la teoría más habitual era que la visión funcionaba gracias a que los ojos emitían algún tipo de «rayos» o «tentáculos» que «tocaban» los objetos). El acto de percepción ocurre *después* del hecho que percibimos, y por lo tanto, ambos hechos no pueden ser «lo mismo».

Veamos un ejemplo un poco más sofisticado: cuando escuchamos una voz reflejada por el eco de un muro, decimos que estamos escuchando la voz, no el muro, pero si lo pensamos un poco, cuando *vemos* el muro, el estímulo que nos llega es la luz emitida por el sol y *reflejada* por el muro, igual que cuando me llega el sonido emitido por una persona y reflejado por el muro. ¿Por qué en un caso (el del sonido) nos da la impresión de que el objeto que vemos es el que *emite* el estímulo, y en otro caso (el de la visión) nos

parece que es el objeto que percibimos el que se limita a *reflejar* dicho estímulo físico? Simplemente porque nuestro cerebro construye cada percepción de aquella forma en la que la información perceptiva nos resulta más útil. Si tuviera razón Aristóteles, y las cualidades sensibles que percibimos en los objetos estuvieran a la vez en nuestra mente y en el exterior, entonces, o bien las cualidades sensibles están en la fuente de los estímulos (el sol, o quien emite la voz), o bien están en el objeto que refleja los estímulos (el muro), pero no en uno de ellos para la visión y en otro para el oído. En definitiva, es mucho más sencillo aceptar que mi percepción no es *ninguno* de estos objetos (ni el sol, ni la persona, ni el muro), sino un proceso neuronal que ocurre en mi cerebro.

Pero ¿quién habita en el cerebro?

Este libro no es una novela policíaca, así que no hace falta esperar al final para resolver el misterio: de modo semejante a como en el cerebro se *construye* un mundo virtual que «da la impresión» de que es el mundo real, también se elabora en el mismo cerebro un complejo proceso neurológico que «da la impresión» de ser un sujeto que está *experimentando* ese mundo virtual. Al fin y al cabo, **la función biológica primordial de los cerebros**, o de los sistemas nerviosos en general, no solo en el caso de los seres humanos, **es contribuir a que el individuo desarrolle una conducta exitosa** (lo que, en términos biológicos, equivale

a vivir lo bastante como para poder dejar muchos descendientes). Para ello, el cerebro necesita construir un mapa de los aspectos relevantes del entorno del individuo, pero obviamente también necesita actualizar constantemente la información sobre qué le está pasando en cada momento *al propio individuo*, no solo dónde está, sino también si necesita alimento, si necesita descansar, si ha llegado el día de buscar pareja, etcétera. Tanto el «mapa» del entorno como el «mapa» del propio organismo tienen que ser lo bastante precisos como para que la interacción entre el organismo y el entorno sean lo más adecuadas posible, de tal manera que, aunque el mundo no sea exactamente como nos *parece* que es, nuestras acciones sí que tengan *realmente* las consecuencias que nos conviene que tengan. En el caso del yo, también es muy probable que este yo no sea exactamente como nos «da la impresión» que es, pero eso no quiere decir que la forma en la que la evolución ha diseñado esas «apariencias» no sea *bastante apropiada* para conseguir que hagamos lo que nos conviene hacer en cada momento. El yo, por lo tanto, no es que sea una «ficción», como tampoco lo es la imagen que percibes de tu dedo, pero ambos son algo que el cerebro construye, y aquello que corresponde en la realidad a ambas «imágenes» no tiene por qué coincidir punto por punto con nuestra «impresión».

Las lectoras y los lectores que deseen conocer más detalles sobre cómo elabora el cerebro eso que denominamos «el yo» tienen otros libros mejores que este para elegir. Muy recomendables son los de los neurocientíficos Rodolfo Llinás, *El cerebro y el mito del yo* (2001), Francisco Mora, *El*

reloj de la sabiduría (2005), y António Damásio, *Y el cerebro creó al hombre* (2010). Esas obras se ocupan sobre todo de los aspectos científicos de la cuestión. En cambio, la búsqueda que iniciaremos en el capítulo siguiente es más bien una *pesquisa filosófica*. Esto tiene dos consecuencias principales: primero, no nos preocuparán tanto los detalles fisiológicos como los conceptos a través de los que los filósofos han intentado comprender la mente; y en segundo lugar, no pretendemos encontrar unos «hechos» que puedan establecerse fuera de toda duda, sino más bien entender de qué forma los hallazgos científicos (siempre más o menos provisionales y revisables) pueden modificar nuestra forma de comprendernos a nosotros mismos. En los dos primeros capítulos examinaremos las dos ideas que, seguramente, constituyen el alfa y el omega de los intentos de entender la mente como algo intrínsecamente distinto del cuerpo: la idea tradicional del «alma» o del «espíritu», por un lado, y la noción, mucho más moderna, de la mente como una especie de «*software*» que sería separable, por lo menos desde el punto de vista lógico, del «*hardware*» corporal que lo sostiene. Los siguientes capítulos del libro se ocuparán de las dos cualidades que tradicionalmente se han asociado a nuestra mente como sus aspectos más esenciales, y más difíciles de explicar desde el supuesto de que los seres humanos somos, en el fondo, nada más que unos animales quizá un poco más sofisticados que los otros: la consciencia y la libertad. La extensión de este libro no me permitirá exponer más que una minúscula fracción de la inmensa literatura publicada en las últimas décadas, e incluso en los

últimos años, sobre cada uno de estos asuntos, pero espero que la selección de los problemas y enfoques que vamos a examinar resulte útil para obtener una adecuada panorámica, y que los argumentos que vamos a desplegar susciten vuestro interés y curiosidad.

En esta época hiperconectada, los escritores, en especial quienes nos atrevemos con un ensayo, tenemos la suerte de que terminar de escribir un libro no implica abandonarlo del todo, sino que la discusión sobre su contenido puede seguir fácilmente a través de internet. Si estáis interesados en transmitirme vuestra opinión sobre cualquiera de los temas tratados en estas páginas, o discutir cualquiera de mis argumentos, estaré encantado de que nos comuniquemos a través de mi cuenta de twitter: @jzamorabonilla, también llamada *La nada nadea*.